



RESUMEN

En la noche del 13 de setiembre de 1492 observó Colón la declinación de la aguja. — A los cuatro días lo notó la tripulación que por la noche noruestaba y por la mañana noruestaba algún tanto. — En las primeras horas de la noche del 15 vieron caer un maravilloso ramo de fuego á una distancia de cuatro ó cinco leguas. — Alarma de la tripulación. — Aparición del genio de la Atlántida. — Ascendencia de Colón. — Ciencia de la antigua Atlántida. — Por qué hizo Dios las creaciones. — Cómo hizo Dios las creaciones. — Para qué hizo Dios las creaciones. — Resumen de la ciencia de la Atlántida. — Sumersión de la Atlántida. — Desaparición del genio de la Atlántida.

No hay pena que esta marcha no nos cueste.  
Colón, el trece al acabarse el día,  
vió declinar un tanto hacia el Norueste  
la aguja de marear. ¿Por qué sería?  
Colón explica esta virtud celeste  
por un error feliz que él se fingía.  
Viendo la tropa tan fatal arcano,  
dice: — Es que Dios nos deja de su mano.

Setiembre y quince. Cuando el astro de oro  
se iba hundiendo en el mar lánguidamente,  
vieron caer del cielo un meteoro  
como un *ramo de fuego* hacia Occidente.  
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro  
rezando apela en su pavor la gente.  
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran  
cruzando un mar cuya extensión ignoran!

— ¿Si Dios, piensa uno, abrazará al maldito  
que al mar burlando, el sol no le acobarda,  
y por eso el edén de lo infinito  
con su espada de fuego un ángel guarda?  
— Acaso como el súlgido aerolito —  
dice otro — el mar sobre que vamos arda,  
pues el ramo de fuego tal vez era  
de un astro en ignición la luz postrera. —

Discurre así la turba en su error ciego,  
en tanto que Colón, con faz serena,  
los restos busca del celeste fuego  
con vista inquieta, mas de miedo ajena.  
Sube al castillo. Llegan; mira, y luego  
decir oye á una voz cual de sirena:  
— ¡Digno es, Colón, de tu ascendencia el brío;  
cruza impávido el mar; sigue, hijo mío! —

— ¿Quién sois? grita Colón, y hacia Occidente  
ve del mar levantarse una neblina,  
que es sombra y como luz brilla esplendente,  
que, siendo luz, en sombra se termina.  
No acertando, confuso, si su mente  
ve la luz ó la sombra se imagina,  
— ¿Quién sois? — de nuevo en preguntar se em-  
como el que duda si delira ó sueña. (peña,

La visión contestó: — Yo soy el Numen  
que sobre el sitio de la tierra vago  
que los sectarios de Platón presumen  
que aquí se hundió con general estrago.  
Los destinos del hombre se resumen  
en mi destino para siempre aciago.  
Los continentes en mi suerte propia  
de su suerte verán la horrenda copia.

»La Atlántida gloriosa, que se alzaba  
donde hallas hoy sus insepultos manes,  
porque á su Adán Titán se le llamaba,  
la tierra se llamó de los Titanes.  
Grandes pueblos la Atlántida encerraba,  
sabios sin fin, gloriosos capitanes,  
los Pirros y Alejandros á millones,  
á millones las Tiros y Sidones.

»Hubo un día en que el pueblo del Atlante,  
juntando una victoria á otra victoria,  
en Europa y en África arrogante  
plantó los estandartes de su gloria.  
Hoy la Europa hacia mí viene triunfante,  
porque en las vueltas de la humana historia,  
de vencidos pasando á vencedores,  
los esclavos de ayer son hoy señores.

»Un Titán nació en mí, Colón pasado,  
que el África y la Europa hacia el Oriente  
vió el primero, cual tú verás osado  
las tierras de los mares de Occidente.  
Este héroe que la Europa ha subyugado  
fué de tu noble estirpe el ascendiente.  
¡Digno es de su valor, Colón, tu brío:  
vence en gloria al Titán: sigue, hijo mío!» —

La mente de Colón, enardecida  
al saber su ascendencia acrisolada,  
sobre la mar de su azarosa vida  
tendió retrospectiva una mirada:  
y al contemplar tanta maldad vencida,  
tanta ignorancia con tesón hollada,  
sintió hervir, de sí mismo satisfecho,  
la sangre de un Titán dentro del pecho.

La visión prosiguió: «Tiempo ha que espero,  
y aquí esperando esta región circundo;  
pues que difundas por la tierra quiero  
la ciencia que hoy en tu memoria infundo.  
Y porque de mi numen mensajero  
fecunde el tuyo el porvenir del mundo,  
oye el enigma de la vida humana;  
oye de Dios la ciencia soberana:

»Hay un Dios en la tierra y en el cielo  
que es bueno, sí, bueno infinitamente.  
Eco es su corazón de todo duelo.  
Sólo la dicha reflejada siente.  
Amar y ser amado; he aquí su anhelo.  
Mucho más que justísimo es clemente.  
En su ternura, de bondades llena,  
sólo es digna de Dios la dicha ajena.

»Por su justicia es Dios tan excelente,  
que fuera de su ley sólo hay quebranto.  
Todo lo ordena Dios tan sabiamente  
que es tan bello lo que hace como santo.  
Alcanza su poder lo que su mente.  
Y como quiere tanto y puede tanto,  
cuando el bien de otros por gozar desea,  
los universos de la nada crea.

»Cuando imitar á Dios la fe se atreve  
es la bondad la flor del sentimiento,  
lo sabio eterno, y lo imperfecto breve,  
y la virtud la fuente del contento.  
El sol que brilla, el aura que se mueve,  
son la mano de Dios en movimiento.  
No hay voz para alabar á un Dios augusto,  
tan bueno, sabio, poderoso y justo.»

Calló el Numen de un mundo que ha pasado,  
mientras el celo de Colón se ufana  
al ver por la visión ratificado  
el santo credo de su fe cristiana.  
«Porque de gloria y de valor cercado, —  
diciendo continuó la sombra vana, —  
fecunde el porvenir tu inteligencia,  
del mundo, el hombre y Dios oye la ciencia:

»Muy bueno, sabio, justo, omnipotente,  
cuando el ajeno goce Dios desea,  
la creación irradia de su mente  
de un éter tan sutil como una idea.  
Más ó menos intensa ó débilmente  
tiene parte de Dios cuanto Dios crea:  
bajo formas mostrándose sin cuento,  
no es más la creación que un pensamiento.



»Nos movemos en Dios y en Dios vivimos, del éter de su espíritu engendrados; fundiéndonos nacemos y morimos, siendo y no siendo, amando y siendo amados. Desde la nada á la razón subimos por misterios santísimos llamados *generación oculta, santo anhelo, producción natural, virtud del cielo.*

»Desde el ruin mineral que tardo *crece*, sube á la planta que *creciendo vive*, el éter, que ya el ser luego enaltece que *vive, crece y sensación* recibe. En el hombre después noble aparece, que *vive, crece ya, siente y concibe*. Así el éter que lento se despliega desde el ruin mineral al hombre llega.

»De seres mil en el variado abismo marchan en no alterado movimiento desde el átomo al hombre el vitalismo, y desde el hombre á Dios el pensamiento. Va el éter desde el átomo á Dios mismo sin solución de punto ni momento. Es del principio y fin de la existencia, el polo Dios, su iman la inteligencia.

»De otro ser nuestro ser reminiscencia la muerte hace invisibles, no destruye; pues el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*, de ser en ser transfigurándose huye. Volviendo hacia su origen la existencia, desde ésta á aquél purificada fluye; siguiendo así con invariable anhelo su eterna ley: *la reversión al cielo.*

»¿Adónde marcha el orbe vagabundo? El orbe no se va, vuelve muriendo; lo que vino de Dios en un segundo, tarda mil siglos hacia Dios volviendo. El orbe, de que es átomo este mundo, los siglos á los siglos sucediendo, en caravana eterna peregrino sigue de Dios el inmortal camino.

»De inteligencia las esferas dota yendo hacia Dios la creación errante. Cual la tierra una flor, el orbe brota crisálida inmortal el *ser pensante*. El éter de que consta y en que flota, hirviendo en lenta ebullición constante, produce el universo *inteligencia*, cual la tierra la flor, y ésta la esencia.

»De Dios el hombre semejanza y fruto, tiene su alma hacia aquel santo atractivo; Dios, atmósfera de almas, su atributo es de espíritus ser el centro vivo. Dios es lo necesario y lo absoluto: lo contingente el hombre y relativo: y siendo el *yo creado* un *Dios finito*, es el *Dios increado* un *yo infinito*.

»Del mundo, el hombre y Dios tal es la *La creación el yo brota inflamada*. (ciencia: *El yo es un Dios de limitada esencia: Dios es un yo de esencia ilimitada. Tan sólo en la extensión se diferencia la increada razón de la creada. Por atracción, el yo, razón finita, siempre hacia Dios, plena razón, gravita.*) —

Llegó la sombra aquí. Calló un momento Colón; su ciencia descifrando grave fué encontrando en su activo pensamiento de la unidad universal la clave. De la atlántica tierra el hundimiento cuenta la sombra así con voz suave; en tanto que Colón, aunque oye y mira, dudando está si sueña ó si delira.

— «Del atlántico mundo la existencia extinguiéndose fué de grado en grado, cuando su *extracto, yo*, su *inteligencia*, su *espíritu vital* dejó agotado. Como una flor que derramó su esencia, la Atlántida su espíritu ha exhalado. ¡Nada una flor de un mundo se difiere; nace, crece, embalsama, cae y muere!

»Madre de Romas, Tiros y Sidones, sus hijos fué la Atlántida nutriendo; de sus Homeros, Dantes y Platones, su *vida, yo*, su *numen* fué naciendo. En mí, ya juntos sus vitales dones, se fué la tierra lánguida extinguiendo, como la llama que el blandón ostenta el blandón gasta al fin que la sustenta.

»Huyen las gentes por la tierra hendida, y en simas caen que al caer retumban: su cohesión molecular perdida, las montañas en polvo se derrumban. En torno de la tierra comprimida sus ondas mueve el mar, que airadas zumban cual gran caimán que, si su presa toca, ruge al abrir descomunal la boca.

»La madre tierra, estéril no sustenta; el aire inútil tímido se estanca; la color que la luz negruzca ostenta es la postrer degradación de blanca. En sed de aire suspira cuanto alienta: el ansia de la luz ayes arranca: bajan las aves tras del aire al suelo: las fieras miran tras la luz al cielo.

»Todos expiran, sin que sangre vean que al morir enardezca su ardimiento. No arden los bosques que incendiar desean. Quieren mover y no se mueve el viento. Faltos del aire y de la luz, pelean en un suplicio interminable, lento, con completa razón para medirlo y entero el corazón para sentirlo.

»El miedo, ese gran mal de nuestros males, sofoca la virtud y el heroísmo: no agita más pasión á los mortales que el temor de morir, el egoísmo. Odiando cada cual á sus iguales, sin caridad ni amor más que á sí mismo, con tal de ser la víctima postrera viera morir la humanidad entera.

»Ya la atlántica tierra envejecida en el gran río del vivir se atasca, y al peso de los siglos oprimida por su eje inútil con fragor se chasca:

De los opuestos mares la avenida la sume al fin con tan atroz borrasca, que en hervor desde entonces repetido bullen los mares con perpetuo ruido.

»Así, en oprobio de la humana gente, pasó en el mundo á ser sombra ilusoria un pueblo, de quien Roma prepotente ni el eco ha sido de su inmensa gloria. De este modo el más rico continente, para escarmiento de la humana historia, con su destino, para siempre aciago, aquí se hundió con general estrago.

»Tales fueron de Atlántida inconstantes las glorias que pasadas hoy me afligen, glorias que tus esfuerzos arrogantes en el mundo, Colón, de nuevo erigen. Vástago de una raza de gigantes, que de otra raza igual va á ser origen, dobla á mi ruego tu indomable brío, ¡cruza impávido el mar; sigue, hijo mío!»

Dijo así la visión, y dulcemente con un — ¡adiós! — su relación concluye, y enrarecida hasta llegar á ambiente sobre las alas de los aires fluye: volando poco á poco hacia el Oriente, con otro — ¡adiós! — entre las sombras huye: dejando allí á Colón torvo y risueño, como el que empieza á despertar de un sueño.

## CANTO XI

## DESAFÍO

## RESUMEN

El 16 de setiembre llovizná. — Esperanza de los marineros que creían cerca la tierra. — Campos de hierba. — El 17 el agua era menos salada. — Desafío entre Nuño y Rodrigo. — Consejos de Colón. — Propuesta de Colón. — Reflexiones de Colón.

Diez y seis de setiembre: ¡hermoso día! — Llovizna; ¡gran señal! — Hierbas al frente *como verde y flotante pradería*. Diez y siete. — Aguas dulces. — ¡Excelente! El pobre Nuño que de amor moría su pasión va ocultando. ¡Inútilmente! No hallaba á veces de esconderla modo: ¿dónde hay razón que lo resista todo?

Por eso al fin del día, así á Rodrigo preguntó Nuño con ahogado acento: — Si amase á otro hombre, acaso vuestro una mujer que fuese vuestro aliento, (go, ¿qué haríais, siendo de su amor testigo una vez, y otra vez, hasta otras ciento? — Rodrigo contestó: — ¡La mataría! ¿Y vos? — Nuño siguió: — ¿Yo?... ¡moriría!